

Para pensar acerca de la historia del pensamiento a partir de su enseñanza

Abstract: *This speech is about some questions concerning teaching History of Philosophy itself: how it is done, its limits, the hermeneutical issues, the relations with current time and History of Philosophy as a path to Philosophy. This speech takes in doubts and suggestions from the experience of teaching History of Philosophy. Hegel used to say any discipline is its history, and then, teaching History of Philosophy implies the elaboration of the field of study and, at same time, the way to consider the main features of Philosophy.*

Key words: *History of philosophy. Historiography of philosophy. Philosophy. Medieval philosophy. Hermeneutics.*

Resumen: *La ponencia versa sobre preguntas que inspira la enseñanza de la historia de la filosofía (pensamiento). Las preguntas conducen a la disciplina misma: cómo se hace, el sentido de los límites, los problemas de interpretación, las relaciones con el tiempo presente, la historia de la filosofía como camino para llegar a la filosofía. La disertación recoge de las experiencias las dudas y sugerencias al respecto. Si una disciplina es su historia, como apuntaba Hegel, entonces, la enseñanza de la historia de la filosofía no solamente es la construcción de un campo de estudio –hacer de la filosofía un hecho histórico-, sino además es el modo de*

examinar cómo se hace filosofía, cuáles son sus rasgos propios.

Palabras clave: *Historia de la filosofía. Historiografía de la filosofía. Filosofía. Filosofía medieval. Hermenéutica.*

1. Introducción (1).

Lo que a continuación se expone es una ilusión de apreciaciones acerca de la enseñanza de la historia del pensamiento. Se ensaya un análisis aproximativo de la idea de historia de la filosofía como asunto académico. Las ideas acá desarrolladas comparten su apoyo e inspiración en experiencias personales, por lo que una serie de preguntas y la organización de las ideas mismas obedecen a ese punto de partida. La experiencia acumulada se asocia con el estudio colectivo (docentes y estudiantes) de un período particular del pensamiento occidental, la filosofía patristica y medieval, por lo que es posible algunas ideas no puedan extrapolarse a otros momentos de la historia de la filosofía. Este estudio se apoya en la percepción de la historia de la filosofía como un compromiso con la dilucidación de una época, la que albergó a los pensadores en cuestión, la que presenció y nutrió un conjunto de ideas y propuestas, aunadas con patrones y prácticas de pensamiento, con prácticas políticas y movimientos sociales.

Debido a que las reflexiones acá contenidas han sido inspiradas por el trabajo académico de cada ciclo lectivo, parece necesario proponer un *locus*, es decir, ese sitio desde el cual se plantea la historia de la filosofía. Este *locus* se compone del esfuerzo colectivo acordado entre profesor y estudiantes, bajo el supuesto de una filosofía entendida como profesión. Parte del acuerdo consiste en una recreación en clase y fuera de ella, del pensamiento de un conjunto delimitado de autores, unos sin conocerse entre ellos, otros conociéndose, a través de lecturas de obras escogidas y de intentos de interpretación. Y posiblemente, sin pensarse a sí mismos como autores que serían luego estudiados como autores del *pasado*. Varios intereses se conjugan en el estudio colectivo, unos inmediatos como completar los créditos requeridos por el plan de estudios, y aunado a este interés, esbozar un panorama del pensamiento que *sirva* a los y las estudiantes en su formación. Pero además, otros intereses median el trabajo, al margen del carácter utilitario del estudio, se problematiza el estudio del pensamiento como *hecho histórico*, es decir, cómo se hace tal, y junto a esto, la historización del pensamiento habría de alimentar y enriquecer el pensamiento del presente, lo cual conduce a otras derivaciones: la contemporización de los autores del pasado, su identificación como autores con los cuales podríamos dialogar, la reconstrucción de su pensamiento que es siempre una lectura e interpretación del mismo, por lo que se desmiente aquella presunción de clarividencia con la cual se enseña lo que efectivamente un pensador pensó. Y para rematar, como hablamos de historia de la *filosofía*, su estudio agrega la cuestión de qué es filosofía para saber reconocerla en un determinado período y asociada con el trabajo que determinados personajes llevaron a cabo, aun cuando no se pensaran a sí mismos como filósofos y su trabajo más podría caer dentro del predio de la historia *intelectual*, noción que asimismo conllevaría otras dilucidaciones y derivaciones.

Este *locus* se extiende a la historia de la filosofía como campo de investigación, es decir, esa intención de estudiar autores o temas con relativa independencia de otros propósitos académicos (curriculares) y que impone pautas que le alejan del trabajo en el aula y las *interlocuciones* con los

autores pasados requieren otros tratamientos a los dados en el aula.

El trabajo de la historia de la filosofía conlleva una extrañeza y hasta una cierta enajenación, ya que hay un ejercicio de apropiación, en los términos que uno dispone, de una serie de acontecimientos (el pensamiento es uno de ellos) y con los cuales construir una versión de la filosofía, una vez que se ha intentado abandonar —temporalmente, limitadamente— el tiempo propio para colocarse en otras coordenadas. Con los riesgos del caso: enlatamiento del conocimiento (lo que otros antes de nosotros han pensado como si su pensamiento pudiera reducirse a unos cuantos asertos, bien hechos y ordenados), una interpretación que no acerque a los autores ni a la época en estudio, un estudio doxográfico de una época (y la fijación de un canon de filosofía como el único e inmutable).

Con lo anterior se ha planteado un problema medular, *cómo se constituye la historia de la filosofía si ésta consiste en el quehacer filosófico mismo*. Esta interrogante, por supuesto, no tiene que ver únicamente con requerimientos curriculares, sino con la constitución viva del campo a través de la investigación, animada por un interés por alcanzar una palabra para nuestro tiempo.

2. De lo anterior unas premisas.

Ya se mencionaron algunas intenciones. Se hace necesario esgrimir con algo de detalle algunas razones para una reflexión sobre la historia de la filosofía. Desde cierta perspectiva, la historia de la filosofía se inscribe en una tarea mayor: historia del pensamiento, historia intelectual, historia de la cultura. Por lo tanto, la categoría ya es por sí sola una construcción¹ derivada de otras construcciones mayores. De esto se sigue, además, relaciones que la historia de la filosofía mantiene con diversos campos o prácticas. Es decir, hay otras historias haciéndose al mismo tiempo, como la historia de la ciencia. Ahora bien, es claro que las relaciones que los saberes mantienen con su pasado pueden diferir, así la filosofía sin su pasado difícilmente puede avanzar, mientras que las ciencias naturales admiten

un desarrollo aún al margen de su pasado, es decir, se puede estudiar física o química sin haber estudiado sus respectivas historias, suerte ésta que no corre la filosofía.

Los conceptos de la filosofía presentan una naturaleza dinámica, es decir, ni pertenecen a un único predio ni sus fuentes son obligadamente filosóficas. Una razón más para pensar que el estudio de la historia de la filosofía es una tarea filosófica, de construcción del campo de estudio. Los conceptos pasan de una generación a otra, otro rasgo de su carácter histórico, dicho pase trae consigo un enriquecimiento semántico de los mismos, por problematizaciones, por nuevos cruces entre los saberes, por nuevas condiciones sociales.

Estas constataciones anuncian otra: la *concepción de la filosofía* (2) con la cual se hará la lectura del pensamiento o producción intelectual de una determinada época. Recuérdesse que muchos pensadores no ejercieron un pensamiento filosófico sino junto con otros *pensamientos* (teología, ciencias naturales, literatura) o con ocasión de ellos, por lo que la filosofía cuenta con varias formas de aparición a lo largo de la historia y el historiador se ve obligado a una labor interpretativa, de filtro, de reelaboración, para llegar a eso que llama filosofía (3). Por lo tanto, el historiador de la filosofía tiene una doble tarea: delimitar la filosofía como ámbito de estudio histórico, y la concepción de la filosofía para tal tarea, con la cual pretende establecer intercambios. Dos sugerencias de lo indicado son la naturaleza diversa de los materiales de la filosofía, por no ser propiamente filosóficos, o al menos no exclusivamente y consecuentemente, la segunda sugerencia es la construcción de la filosofía como tarea permanente, nunca clausurada y nutrida de todas las fuentes de especulación que identifica. El trabajo del historiador de la filosofía consiste en lograr resultados: un significado de la filosofía para su tiempo.

La dilucidación conceptual y argumentativa es otro rasgo del trabajo filosófico, por lo que supone tradiciones y versiones anteriores, a las cuales adeuda. De ahí que el pensamiento *ya pensado* es en todo momento el antecedente requerido de la filosofía(4). Por lo tanto, la *delimitación cronológica y cultural* exigida por la historia de

la filosofía no es indiferente de las cuestiones de las cuestiones teóricas y prácticas, se enfrenta a la idea de la continuidad/discontinuidad del pensamiento, de desarrollos conceptuales mayores y menores, centrales y periféricos; cuestiones éstas que se extienden a diferentes campos especulativos. Por lo tanto, la escogencia de derroteros o acontecimientos se torna cuesta arriba cuando los hechos sociales y los pensamientos aun cuando sigan caminos paralelos y entreverados, presentan prolongaciones e impactos incoincidentes. Piénsese en las nociones de pecado y de libre albedrío, las cuales acompañan algunos acontecimientos políticos (el episcopado monárquico de la Iglesia Católica, feudalismo, reforma luterana), pero siguen un ritmo diferente de los acontecimientos mismos.

A lo anterior se suma un riesgo permanente, consistente en los sesgos la historia de la filosofía pueda padecer en virtud de los prejuicios o errores que se inmiscuyan en su estudio. La idea de progreso o evolución del pensamiento filosófico sería un claro ejemplo, ya que se ampara en la idea de considerar los alcances presentes como el resultado de errores o desaciertos propedéuticos (como sucedió con la filosofía analítica que veía a autores anteriores como acertados y preparatorios de lo que debía venir después, y con ciertas versiones de la filosofía que deslegitiman la producción filosófica que se aparta de un acerbo conceptual con visos dogmáticos). Que la filosofía presente un progreso no se descarta del todo, lo relevante sería deslindar dicha idea de cualquier valoración comparativa del pensamiento pasado y presente (y claro del pensamiento futuro).

La relación entre el período de estudio y el tiempo presente es la tesitura constante de la filosofía, a modo de un tejido elaborado conceptualmente, que remite a agentes involucrados (estudiosos, estudiantes, autores anteriores). En el fondo, la historia de la filosofía *per se* entraña una construcción conceptual filosófica que posibilite el campo de estudio, agregada por el historiador, nunca por los autores estudiados, aunque de estos vienen sus debates. Parece entonces, que la historia de la filosofía se asemeja a un diálogo, y la racionalidad de ese diálogo consiste en establecer puentes de comunicación, de manera que ambas direcciones interactúan en un empeño

completo (tégase presente que los autores ausentes únicamente cuentan con lo que afirman y nada pueden agregar a lo ya asentado, pero el ejercicio de lectura y análisis de sus obras se convierte en una suerte de diálogo, con reglas que valgan para los estudiosos y para los autores pasados).

Finalmente, obliga la distinción entre *historia de la filosofía* e *historiografía de la filosofía* para continuar con el análisis. La historia de la filosofía, como acá se sostiene, consiste en un trabajo de traducción al presente, a través de la interpretación, de pensamientos pasados. Por ende, su carácter filosófico, es decir, la historia de la filosofía se hace filosóficamente, entraña estrategias hermenéuticas. La historiografía de la filosofía, en cambio, tiene a su cargo el trabajo con los materiales grises como la fijación crítica de los textos, su versión a lenguas modernas, la biografía de los autores. Sin estos materiales no es posible la historia de la filosofía, pero hacer historiografía es un trabajo que no trae como resultado una filosofía, aunque pueda hacer sugerencias. Este pequeño estudio se aproxima más a la idea de historia de la filosofía que a la historiografía de la filosofía.

3. Exposición de problemas asociados con la enseñanza de la historia de la filosofía

Pensar la historia de la filosofía pide una distinción. Se la puede pensar como un *producto curricular*, es decir, la historia de la filosofía como parte de un plan de estudios animado por el afán de formar profesionales de la filosofía (noción ésta que requiere una discusión permanente sobre autopercepción del quehacer), por lo que se requiere que los y las estudiantes aprendan un *mínimo trabajo* con autores pasados y ensayen *estrategias de interpretación* en las aulas. Y la idea de mínimo trabajo lleva a la adquisición de las herramientas de trabajo necesarias para realizar investigaciones o pesquisas en el campo. Esto lleva a la otra cara de la historia de la filosofía, como *campo de investigación*, al margen de los trabajos en el aula. En ambas situaciones,

se pueden encontrar algunas constantes como la necesidad de una estrategia de diálogo entre estudiosos y autores pasados, y para eso, otra constante, el recurso hermenéutico con el cual se puede articular dicha estrategia.

Arriba se indicó que la historia de la filosofía en cuanto materia de enseñanza y en cuanto campo de investigación mantienen un ligamen estrecho, sin embargo, acá se les distingue para efectos de tratamientos más definidos para cada uno, por lo que algunas cuestiones resonarán en uno y otro tópico. A la par, las sugerencias acá expuestas, no cierran la reflexión, antes son una invitación a su continuación, porque hacer historia de la filosofía es hacer filosofía.

3.1. La historia de la filosofía como *curriculum*

Diseñar un curso de historia del pensamiento obliga a una selección, por lo que se establecen *márgenes de relevancia*. Son delimitaciones establecidas por el docente, para los efectos de un plan de estudios, de acuerdo con lo que se entiende el trabajo de la filosofía y de la historia de la filosofía... Estos márgenes consisten en una escogencia de autores, obras y temas que se consideran importantes o pertinentes para su estudio y para la formación de un profesional de la filosofía. En otras palabras, el estudio de dichos autores con sus obras muestra una idea de la filosofía que ha de ser estudiada con miras a una idea de filosofía que corresponda con el presente. La selección, en principio, no es ni aleatoria ni antojadiza. No debería serlo. Aunque estos márgenes pueden coincidir con los márgenes que la investigación en historia de la filosofía establece, persiste una cuota de independencia de una respecto a la otra. Además de esa primera escogencia, se agrega la *delimitación temporal*, cuándo comienza y concluye una época. Esta cuestión no es anodina por emparentarse con los desarrollos especulativos que la época ha conocido, cuyo *tempo* no se ajusta necesariamente al *tempo* de los hechos sociales. La naturaleza de esta delimitación es siempre artificiosa, introduce discontinuidades ajenas a los pensamientos, por lo que el trabajo histórico

exige reconstrucciones del pensamiento pasado sin incurrir en mutilaciones.

El inconveniente consiste en el paso de la delimitación temporal a una *periodización* del pensamiento (categorías, argumentos, controversias), materia ésta que tiene su tempo propio y difiere del ritmo de los acontecimientos sociales y políticos, como ya lo hemos señalado(5). La delimitación temporal de una época trae varios inconvenientes: ¿se usan criterios de la historia socioeconómica y política? ¿Se usan criterios conceptuales, especulativos? El caso de la filosofía patrística y medieval es ilustrativo, ya que la primera arranca con la aparición del cristianismo y con la fase tardía de la filosofía antigua y sus intercambios con la religión naciente y otras prácticas religiosas (gnosis, religiones de misterio), aunque obligue en algunos momentos a retroceder en el tiempo (por ejemplo, para estudiar a Filón de Alejandría o para revisar cuestiones de teología veterotestamentaria), pero no cuenta con un final preciso: ¿disolución del imperio romano, la entrada de los vándalos en Roma, la obra de San Agustín por ser sintética y monumental? Y por lo tanto, también afecta la delimitación de la Edad Media: ¿comienza con el imperio carolingio, como sugiere H. Pirenne, comienza con la teología como ciencia, a partir de San Anselmo? Y su final, ¿dónde queda? ¿Acaso con la reforma luterana y los viajes ultramarinos, con el nominalismo ockamista y los movimientos espirituales, con la recepción del *Corpus Academicum*? Cualquiera delimitación exige una justificación, la cual apunta a un trabajo especulativo, filosófico, acerca del pensamiento de una determinada época, con autores que compartieron estructuras conceptuales, intenciones y hasta un paradigma (T. Kuhn) o *habitus* conceptual (P. Bourdieu). Ni los hechos ni los géneros literarios proporcionan pistas suficientes, aunque tampoco pueden despreciárselas.

La pretensión de establecer vínculos con una época determinada, con un autor o grupo de autores, se inscribe en una historia intelectual, es decir, que aún cuando se persigan propósitos filosóficos, estos se tropezarán con otros trabajos especulativos, por lo que necesariamente la filosofía aparece dentro una retícula de pensamiento y por ende, en una dinámica que da noticias de

cómo ese pensamiento ya pensado fue un pensamiento vivo. Con estas consideraciones, es posible advertir de una historia de la filosofía entendida como historia de problemas (filosóficos), ya que ésta versión de los pensamientos pasados atentaría contra su historicidad misma, dejándola a un lado o al menos sacando el contexto dentro de la textura de los problemas.

Lo que sería inadmisibles es simplemente mencionar unos límites divorciados de sus correlatos especulativos: qué modelos de pensamiento, qué preocupaciones se asociaron con ese momento limítrofe, qué cambios (disoluciones, brotes) conceptuales acontecen y su coincidencia con hechos relevantes. Es el caso de la categoría de teología que se gesta desde el comienzo del cristianismo pero alcanza su estatuto de ciencia hasta entrada la Edad Media y posteriormente. La categoría de orden (ontológico, moral, social) sería otro ejemplo, ya que no es la misma categoría si se la entiende para la filosofía griega que para el pensamiento medieval, además de ser una categoría polivalente porque la encontramos en la literatura y en las artes plásticas.

El otro aspecto sumado a lo anterior, a la delimitación temporal de la historia de la filosofía, es el relativo a lo que un graduado de filosofía ha de conocer de historia de la filosofía. Otra cuestión para nada aleatoria, por conjugar la idea de filosofía que se profesa y anima el estudio de la historia de la filosofía con la idea del profesional de la filosofía y los conocimientos que ha de manejar para dichos efectos. A este respecto, pueden indicarse varias derivaciones. Una es pensar que ha de contar con conocimientos mínimos y suficientes de autores y pensamientos pasados, traducidos en una garantía de desempeño suficiente. Pero las ideas de mínimos y suficiencia resultan imprecisas. La pregunta que cabe es respecto de la suficiencia de dichos contenidos que capaciten a un profesional de la filosofía interesado en investigar acerca de la historia de la filosofía. Otro aspecto es pensar la historia de la filosofía, la estudiada por estudiantes, como una exposición de tendencias y problemas filosóficos, más o menos al margen de sus autores y los avatares históricos que les acompañaron. Esta derivación ha contado con sus defensores y críticos. Y la primera tiene el problema de fijar

unas delimitaciones que a la postre resultarían nocivas aún para la labor misma de la historia de la filosofía, ya que incurren en la falsa imagen del pensamiento como algo susceptible de compartimentalización, divorciado de su dinámica propia, la por el autor impuesta, y que es resumido y transmitido de tal manera. Así, el pensamiento se asemejaría a un osario, ya que sería una colección de ideas y argumentos pasados.

La historia de la filosofía opera como un artificio conceptual agregado al pensamiento pasado, a autores que no se pensaron a sí mismos como objeto de estudios futuros. Hay, entonces, una diferencia entre la autopercepción que esos autores tenían de sí mismos en sus condiciones correspondientes y la percepción posterior, ligada al trabajo histórico y en otras condiciones. Necesariamente el historiador trabaja con esta última a sabiendas que hay otra percepción, de la cual tiene noticia a través de los autores mismos y sus obras. Por lo que el punto de partida es una correspondencia entre el esfuerzo del historiador y los autores en estudio como un resultado del estudio mismo, como intención del historiador de la filosofía. Éste cuenta con una ventaja frente a sus antecesores: la oportunidad de pasearse por la producción intelectual de una época, diversa, seguir pistas, establecer claves de interpretación. Por lo tanto, el valor de la historia de la filosofía, de las tareas específicas y concretas que tiene a su cargo el historiador, reside en su aporte al presente más que el pensamiento pasado; pero sin el cual aquel no sería posible (6). Dos ejemplos tomados del pensamiento patrístico son la revisión de los textos de los Padres del Desierto, quienes no se imaginaron enlazados con las tradiciones platónicas y estoicas, como hoy las conocemos, y el *conocimiento pastoral* desarrollado por ellos, categoría sugerida por los estudios últimos de M. Foucault.

Estos criterios previos han de animar la selección y organización de los contenidos del programa de un curso. Algo de ello puede ilustrarse con la Filosofía Patrística, la cual pasó de una materia destinada al estudio del cristianismo y la teología, a un curso que toma la religión cristiana como un fenómeno cultural que aporta al quehacer filosófico y se sirve de él. Lo que ahora se considera relevante no es el surgimiento de la

nueva fe y su victoria sobre el mundo pagano, sino los intercambios dados entre la herencia grecolatina y la nueva religión. De manera tal que se establezcan relaciones más claras entre la Filosofía Antigua tardía y la Patrística. Esta distinción no evita el traslape, por lo que hay momentos de una sensación de historias paralelas, y se requiere de una diferenciación conceptual que justifique a cada una.

Una historia de la filosofía entendida como recuento de autores y sus ideas principales es viable, pero si la historia de la filosofía es también hacer filosofía, el trabajo académico puja por rebasar los límites del simple recuento y se inclina por una estrategia de estudio de esos autores pasados, a través de una selección de lecturas, de la definición de ejes transversales, de objetivos que animan todo el estudio y cada capítulo, que problematiza el pensamiento ya pensado, con una contextualización de los autores y sus ideas, a través de un análisis, puntual, somero, de esas ideas que caracterizaron sus trabajos. Esta opción amplía la idea de un trabajo completo, sin caer en la exhaustividad y enfatizando el carácter dialógico (dialéctico) de la filosofía: entre historiador y autores, entre docentes y estudiantes, con ocasión de un pensamiento ajeno, de unos problemas que pueden diferir o no de los presentes, de un uso de las luces de la razón semejante al uso de hoy. Hacer historia de la filosofía consiste en fijar unas preferencias y unos modos de acercamiento a esos autores pasados, de esa manera, la universalidad de la filosofía no resulta de unos cuantos contenidos, sino de una tarea permanente mediante la cual se establecen lazos.

3.2. La historia de la filosofía como campo de investigación

Las ideas antes expuestas son correlativas a la historia de la filosofía entendida como un campo de investigación, tenga ésta fines docentes o no (7). Pesan las diferencias entre una y otra historia de la filosofía, ya que la antes expuesta se circunscribe a los propósitos formativos de un plan de estudios universitario. La segunda versión, libre de esas restricciones, establece sus propios parámetros de estudio, por lo que

los resultados son variopintos, por ejemplo, la preocupación por la delimitación cronológica se diluye considerablemente. No obstante, una y otra exigen una noción de filosofía justificadora del estudio, y la diferencia en este punto se deriva de los compromisos que el investigador sostenga con su campo de estudio. Para la historia de la filosofía vista curricularmente, se suma el compromiso con la formación de profesionales. Dos aspectos se siguen a este respecto, uno es el *carácter hermenéutico* antes mencionado, relacionado con la *racionalidad* que sigue la comprensión de autores del pasado, y el segundo aspecto, estrechamente relacionado con éste, tiene que ver con la imposibilidad de la filosofía de pensarse sin su pasado.

No hay historia de la filosofía, por más simple y acrítica que sea, que no traiga consigo una *interpretación* (8) de los autores pasados, que no siga un patrón de comprensión del pensamiento pasado. Y los múltiples y diversos estudios en circulación lo confirman. Siempre al respecto de la Edad Media, los estudios por autor o por temática de Etienne Gilson, los estudios panorámicos de Alois Dempf, los estudios omnicomprendidos, autor por autor y según clasificaciones *ad hoc* de Guillermo Fraile. En cualquier caso, el afán interpretativo es el mismo, sin embargo, desde la argumentación que han definido, consideran su interpretación válida para entender esos autores pasados en el tiempo presente. Pero no han faltado posiciones que atentan contra la comprensión misma de los autores pasados, como es el caso de la historia de los problemas filosóficos que no solo realiza disecciones eidéticas, sino además borra la historia de dichos problemas, como si el tejido mayor en el cual se inscriben fuera inexistente o prescindible.

Por lo tanto, si la lectura entraña preferencias del historiador, y no hay una historia de la filosofía en la cual no se establezcan criterios de selección y relevancia, el propósito *arqueológico* consiste en abordar el pensamiento de un autor, ponerlo en relación con otros. El intercambio comienza con razones justificantes de tales preferencias de modo que se torne evidente la distancia entre el tiempo presente y el pasado, cómo es el diálogo entre *ese* pasado y *este* presente, es decir, hacer notar las exposiciones posibles al respecto de un mismo problema, con base en la

articulación especulativa seguida en el pasado. El estudio de un autor trae consigo la identificación de patrones epistemológicos y eidéticos recogidos en sus obras y alimentados por la cultura que compartió, a través de la mirada del historiador que determina lo que debió pensar. Lo más razonable, ante esta situación, es pensar que la discusión mantenida con los autores pasados se refiere a contenidos no puestos por él, y que reclaman un análisis que tome en cuenta la cultura ajena al historiador. De ahí que la fidelidad al pensamiento de un autor pasado atraviesa el diálogo (lectura) que se establezca.

Además de los elementos historiográficos, los cuales imponen pautas al trabajo hermenéutico (por ejemplo, una versión de un texto críticamente establecida), otras pautas hermenéuticas son necesarias. Tan solo haremos una mención de ellas. La primera condición es un diálogo que muestre diferencias y equiparaciones, es decir, que ambos, el historiador y el autor pasado, reúnan condiciones para una interlocución, de modo que las diferencias no se traduzcan en silenciamientos forzados de la voz del autor pasado. En este punto, no solamente el historiador tiene unas ventajas que el autor en estudio no posee, sino también unas exigencias: una lengua diferente, la contingencia de los textos conservados, son algunos requisitos necesarios si se quiere una comprensión justa. Una segunda pauta consiste en no partir de problemas ya resueltos, mas si de luces que el pensamiento pasado puede aportar al presente, por lo que los avances logrados no se animan por la idea de un progreso que supera deficiencias anteriores y descarta modelos de pensamiento, sino por un intercambio más nutrido en el cual cada aporte posea un papel único. Una tercera pauta de interpretación consiste en el reconocimiento de la *historicidad* del pensamiento filosófico, esto es que los desarrollos siempre particulares, singulares, se rodean de circunstancias también particulares, por lo que la interlocución abriga asimetrías puestas por el historiador y por los autores pasados. Y una cuarta pauta es el reconocimiento de un resultado, la traducción del pasado en presente, que conjuga el pensamiento pasado y el punto de vista del historiador, sin agotar las posibilidades

de otros puntos de vista, de otros tratamientos de la filosofía pasada.

Contar con más libertades no trae consigo exenciones. El trabajo en el aula contiene una exigencia de racionalidad para las preferencias de un programa de curso, cuando se trata de investigar acerca de un autor o época, estas preferencias se destilan aún más, por comportar, además de lo señalado antes, compromisos más detallados con la filosofía presente, su debida justificación y un involucramiento del tiempo pasado con el presente a través del trabajo especulativo que se remonta por encima de las épocas. Y posiblemente sea ésta la idea de universalidad que pueda sostenerse al respecto de la historia de la filosofía: los lazos que se establezcan entre el pensamiento pasado y presente, la intención de interlocución entre autores presentes y autores ausentes. Necesariamente hay una tendencia: *entender el pasado para traerlo al presente*, para que ocupe su lugar en el tiempo presente, para que arroje luces a este momento y sus encrucijadas.

En este punto, la tesitura en la cual se encuentra el historiador de la filosofía le hace enfrentarse con el pensamiento y no solamente con la filosofía, es decir, asume una doble tarea de construcción conceptual, el *pensamiento* de una determinada época, de un perímetro mayor, y la idea de *filosofía* que se desprende de dicho pensamiento, articulada con dicho pensamiento. En el caso de la Edad Media, la gran cazuela de pensamiento era la teología cristiana, de la cual se ha extraído –tarea del historiador– la idea de filosofía que los autores sostuvieron, alimentaron y discutieron. El trabajo del historiador en esta situación consiste en la propuesta de filosofemas con base en las evidencias que arrojan los autores pasados. Ejemplo de ello es la obra ética de Pedro Abelardo, apoyada en la pesquisa sobre el acto pecaminoso, dirige sus desarrollos a una teoría (teología) moral como materia con reglas propias (el examen dialéctico de argumentos) y menos como una materia pastoral. Con las distancias del caso, algo semejante sucede con Tomás de Aquino, cuya metafísica de lo concreto le aleja de la metafísica de las esencias de corte agustiniano-platónica.

Se han expuesto razones para sacar de toda consideración una fórmula única de historia de la

filosofía. El trabajo del historiador se orienta por compromisos con el presente, a través de enlaces, de preocupaciones inteligibles para este tiempo. Ese compromiso comienza con la comprensión del propio tiempo para luego comprender el tiempo pasado. La historia de la filosofía es un campo de aplicación de la *filosofía presente*. Es decir, el estudio de un período de la historia del pensamiento se convierte en un medio en el cual se prueba la noción de filosofía con la cual se aborda ese período. Es una noción para pensar el tiempo pasado en estudio, a la vez, para alcanzar una palabra para el tiempo presente.

4. Cierre del estudio

Lo anterior no pasa de ser un manajo de ideas inspiradas por el trabajo realizado con estudiantes en el aula por varios años. Recogen preocupaciones o inquietudes aparecidas con el desarrollo de temas específicos, con la distancia insalvable entre el pensamiento pasado y las condiciones presentes. Como esa distancia no hay esfuerzo especulativo que pueda borrarla, entonces, pasa a formar parte de la historia de la filosofía como insumo primario. Ahora bien, lo acá expuesto admite varios desarrollos, unos curriculares, otros investigativos, y en ambos casos, la responsabilidad de dar con una filosofía para el presente.

Posiblemente sea el estudio de la historia de la filosofía el medio por el cual se caiga en cuenta en el carácter histórico de la filosofía misma, es decir, que es siempre un saber haciéndose, y aun cuando se pueden contabilizar ganancias, ello no atenta contra su carácter histórico, ya que cada generación se encarga de la validación de dichas ganancias y con la validación considerar la perennidad de la filosofía como un diálogo constante, en el cual los autores pasados perviven como interlocutores legítimos.

Con estos aspectos en claro y con base en la sugerencia de estrategia hermenéutica, se puede esbozar un esquema de trabajo de la historia de la filosofía como sigue:

- a) La definición de autores y obras de un período determinado se realiza con base en una concepción de la filosofía, la cual se expone *oblicuamente*, es decir, con el tratamiento de los pensamientos pasados.
- b) El estudio de pensamientos pasados es hacer filosofía, por lo que es un resultado perseguido. Por lo tanto, la filosofía que se desarrolla es dialógica.
- c) El estudio de autores pasados sigue estrategias hermenéuticas, las cuales ya se ejecutan desde el momento que se establecen preferencias. Todas las estrategias que se sigan suponen, además de la selección intencionada, una lectura de obras a través de la cual se muestre el pensamiento pasado con una mirada actual.
- d) El resultado del estudio de la historia de la filosofía es la filosofía misma. Nunca otra cosa. Es el resultado luego de un periplo a través de lo que en otros momentos se ha dicho que es la filosofía. La mirada al pasado, entonces, es un esfuerzo por el cual llegar a una filosofía para nuestro tiempo.

Notas

1. La palabra construcción acá usada se refiere a la idea que los campos de estudio se elaboran artificialmente de acuerdo con una serie de propósitos de los agentes a cargo. Así, la historia de la filosofía ha contado con diversos desarrollos según los intereses de los historiadores, y esos desarrollos son indicadores de construcciones diversas. A eso le llamo construcción. Por lo tanto, mantengo una distancia prudencial de aquella idea de construcción que hace de los hechos conocidos unos productos del conocimiento y sostengo que el conocimiento especulativo, como el de la filosofía, tiene unos anclajes sociales que se hacen presentes en sus elaboraciones eidéticas y su estudio exige delimitaciones y abordajes: el marxismo se explica mejor gracias al conocimiento del apogeo de la burguesía europea, el comienzo de la filosofía antigua griega resulta más comprensible con la lectura de Hesíodo. La idea de construcción usada no riñe con la existencia de unos textos

- y registros históricos relativos a unos autores y épocas pasadas. Estos últimos existen o existieron en independencia de las posteriores historias de la filosofía que se han escrito.
2. El trabajo cuenta también con apoyo bibliográfico, el cual consiste en la colección de ensayos recogidos en el volumen de R. Rorty, J. B. Schneewind & Q. Skinner (1990). El ensayo tuvo una versión inicial, conocida por Juan Diego Moya, en una sesión de la Sección de Historia del Pensamiento de la Escuela de Filosofía. Mi agradecimiento por su generoso apoyo y por instarme a una elaboración mayor.
3. Un asunto nada baladí, ya que hay una íntima conexión entre la concepción de la filosofía que se defiende y el modo de entender la historia de la filosofía. Cf. J. L. Cañas, 1999.
4. Precisamente para realizar ese trabajo requiere de una idea, aunque sea provisional, de la filosofía como punto de partida, como dispositivo interpretativo.
5. "...el tipo de análisis que necesitamos a fin de hallarnos en mejores condiciones para asumir la posición debida, exige que recuperemos formulaciones anteriores;..." (Ch. Taylor, p. 32).
6. Con la afirmación de diferencias entre los hechos sociales y políticos y el pensamiento no se afirma independencia de unos y otros, sino que cada uno tiene su naturaleza propia.
7. Claro que habría que aclarar que es un trabajo colectivo, si pensamos curricularmente la historia de la filosofía, es decir, de estudiantes y profesores, por lo que las agregaciones que mencionamos no son exclusivas del docente, sino también los y las estudiantes.
8. Es imposible pensar que las investigaciones no incidan y enriquezcan la labor docente, pero la relación directa e inmediata no es implícita.
9. Cuando se habla de interpretación se pueden entender varias cosas, una es una estrategia de lectura a sabiendas que lo que se entienda de los textos será siempre el fruto de un diálogo entre lector y autor, por lo que sería desatinado y hasta engañoso pensar que toda lectura consiste en una exposición objetiva y fiel del pensamiento de un autor. Otra acepción de interpretación consiste precisamente en esa visión que se hace del pensamiento de un autor, en la cual se hacen selecciones y disecciones y además se opta por una presentación de su pensamiento que no corresponde con el proceder seguido por el autor.

4. Bibliografía consultada

- Cañas, José Luis. "Sobre historiografía filosófica y filosofía de la historia de la filosofía." *En Anales del Seminario de Historia de la Filosofía*, N° 16, Servicio de Publicaciones, Universidad Complutense, Madrid, 1999, pp. 249-257.
- León Florido, Francisco. "Una estructura filosófica en Historia de la Filosofía." *En Anales del Seminario de Historia de la Filosofía*, N° 17, Servicio

de Publicaciones, Universidad Complutense, Madrid, 2000, pp. 195-216.

Rorty, R.; J. B. Schneewind & Q. Skinner (compiladores, 1990). *La filosofía en la historia. Ensayos de historiografía de la filosofía*. Barcelona: Paidós Básica.

Vegas González, Serafín. "La revisión neohistoricista del significado de la historia de la filosofía." *En Anales del Seminario de Historia de la Filosofía*, N° 10, Editorial Complutense, Madrid, 1993, pp. 11-42.